

se los proporcionase sin cuidarse mucho de la intención que la dirigía.

Pero volvamos á la comparación del primer cónsul con el Regente único.

Es curioso cotejar la conducta de Espartero con la de Bonaparte vencedor de Europa. Espartero decía por boca de su ministro Alonso: «La nación no consiente la reserva introducida de confirmar en Roma y expedir bulas á los prelados presentados para las iglesias de España y sus dominios; debiendo arreglarse este punto á lo dispuesto en el cánón 6 del concilio 12 de Toledo y á la más pura disciplina de la Iglesia de España» (proyecto de ley 21 Enero, artículo 8.º). El art. 4.º del Concordato, decía: «El primer cónsul nombrará en el término de tres meses después de publicada la bula de Su Santidad, á los arzobispados y obispados de la nueva demarcación. *Su Santidad conferirá la institución canónica*, según las formas que se observaban respecto de Francia antes de la mudanza acaecida á su gobierno.» «Los nombramientos, continuaba el art. 5, para los obispados que vacaren en lo sucesivo, se harán igualmente por el primer cónsul, y la *Santa Sede dará la institución canónica* con arreglo al artículo anterior.»

Por manera, que Espartero débil, insulta y ultraja; Bonaparte fuerte, respeta y venera. Espartero mal seguro en su puesto, se atrae el odio de la inmensa mayoría de la nación; Bonaparte acatado en Francia y temido por la Europa, se apresura á echar mano de la religión para restablecer el orden y afianzar su propio porvenir. Y lo consiguió en efecto, porque como dice de Pradt, de todos los actos de Napoleón fué el Concordato el que más le concilió el afecto de los pueblos, pues que era el que más adelantaba en el camino de la civilización; y se hallaban los ánimos altamente ofendidos por considerar la falta de religión como cosa irracional é injusta.» «Preveía, dice Botta en su *Historia de Italia*, que así como la paz con los reyes sería para él un medio excelente de acrecentar su poderío, fuera mayor todavía la paz con la Iglesia; cuando

después llegó á su noticia que el cardenal Chiaramonti había sido elevado á la Silla de Roma, concibió mayores esperanzas, porque conocía que estaba dotado de piedad sincera, y que por tanto, sería más fácil hacerle concurrir á sus designios.» Estas lecciones no debía olvidarlas Espartero; pero desgraciadamente toda su carrera nos ha estado demostrando que no podía recordarlas, porque carecía de capacidad para aprenderlas.—*J. B.*

## OJEADA SOBRE LA CONDUCTA DE ESPARTERO.

### ARTÍCULO 5.º

A poco de entronizado Espartero, se echó de ver que ni tenía arrojo bastante para aliarse francamente con la revolución y marchar á su cabeza, ni suficiente osadía para romper con ella y ahogarla de un golpe. El partido progresista, reducido como era, parecióle sin embargo demasiado grande; no había menester tanto espacio; viviente de escasas dimensiones y de poco movimiento, bastábale un elemento de pequeña extensión. Para un cetáceo colosal no es suficiente el Mediterráneo, necesita el Océano: para el pececillo una mezquina balsa equivale á un mar.

Ya que no quería ni sabía ponerse al frente de la nación, al menos debía esforzarse en acaudillar un partido; al menos debía rodearse de los hombres más distinguidos é influyentes, y tantear si era posible el modo de establecer un gobierno. Ni á esto alcanzar pudo; incapaz para ser jefe de un partido, se convirtió en centro de pandilla. Y ¡qué pandilla! No parece sino que estuvo discurrendo de qué manera podía desacreditarse más cumplidamente y hacerse odioso á la nación. Los hombres de Ayacucho, y los



incorregibles del año 12, los primeros, emblema de nuestro abatimiento nacional, y los segundos de nuestra anarquía. ¿Así comprendía la gloria militar y política? Primer magistrado de la nación, ¿éstos eran los títulos que le presentabais para que os juzgase digno del mando? A los descendientes de Hernán Cortés y Pizarro, ¿queríais halagarlos con recuerdos de derrotas? Al pueblo de la religión y de la lealtad ¿crefais halagarle con las personificaciones de la anarquía política y doctrinas volterianas?

Es cosa digna de notarse, y que seguramente no carece de misterio, la tenacidad con que se aferró el Regente á su desastroso sistema; al parecer debía convenirle excitar en su favor las simpatías nacionales, borrando el recuerdo de su encubramiento, despertando los sentimientos religiosos y monárquicos, haciéndose el campeón del orden público y de las doctrinas organizadoras, y procurando rodearse de los hombres más cuerdos é influyentes; pero nada de esto: no daba un paso que no llevase el sello de una mezquindad rencorosa, no desplegaba sus labios sino para herir la religiosidad española, para avivar los odios políticos, y presentarse como la bandera del viejo liberalismo, tan profundamente despreciado por todos los hombres de claro talento, tan aborrecido por los corazones rectos y generosos.

Hemos dicho que semejante conducta no carecía de misterio, y nos lo hace sospechar la reflexión de que sólo se necesitaba sentido común para conocer que era errada, si no se hubiese creído conveniente seguirla, á causa de que se debió de considerarla como la única á propósito para lograr el fin apetecido. Con deseos de prolongar la minoría, y con ulteriores designios para después de terminada la prolongación, no consideró político la camarilla de Espartero remover y poner en acción los sentimientos nacionales; porque entraban en estos sentimientos un vivo apego á la monarquía, y un tierno afecto á los vástagos de la real familia; sentimientos que en la situación presente subían á más alto punto, por estar interesada la caballero-

sidad española á la vista de la debilidad del sexo, de la orfandad y de la inocencia. ¿Con quién podía aliarse mejor quien abrigase siniestros planes, que con los declarados y personales enemigos del padre de la Augusta Niña, con los que odian profundamente la dinastía, con los que profesan terrible aversión á todos los recuerdos monárquicos, los que llaman baldón á nuestra gloria, los que en los prodigios del Escorial no ven más que un padrón de ignominia levantado por el despotismo y la superstición?

El odio á la religión de los españoles, el rencor y la insolencia contra el Padre común de los fieles, eran consecuencias del mismo principio; los que profanaban las regias moradas, los que habían logrado volverlas casi desiertas, los que tal vez se gozaran en el cruel pensamiento de verlas un día completamente deshabitadas, obraban muy acertadamente en mostrarse recelosos contra los hombres de fe religiosa: estos hombres no sirven para traidores.

El desvío, la desconfianza, el temor con que eran miradas todas las personas notables por su saber, virtudes ó elevada posición, es también uno de los cargos característicos de la Regencia única. Sólo los gigantes pueden presentarse sin recelo de que nadie se levante más que ellos; el pigmeo que ocupaba la suprema magistratura se helaba de espanto de pensar que en el consejo ó en el campo podía encontrarse con hombres aventajados.

Tanta mezquindad y malicia excitó hasta un punto difícil de pintar la indignación pública; porque en este país donde, como ha dicho un distinguido escritor, los hombres son todo corazón, nada cautiva tanto los ánimos como la lealtad y la hidalguía; nada los irrita tanto como la perfidia y los manejos innobles. Sólo así puede explicarse aquel anhelo tan universal, tan vivo, tan impaciente que se apoderó de la nación, de ver la caída de un hombre que había escalado un inmerecido puesto para mengua propia y desventura de España. Los mismos que le habían elevado le habrían desposeído de muy buena gana, si se les hubiese



ofrecido un medio para derrocarlo sin exponerse á que se apoderaran de la situación sus adversarios políticos. Los partidos necesitan un punto de apoyo, y él se lo prestaba, aunque muy malo; su regencia era una bandera de que se servían, no porque la estimasen, sino por carecer de otra.

Cuando estalló la insurrección de Octubre, el partido que le sostenía, pudo convencerse de lo poco que valía Espartero, ni aun para defenderse á sí mismo, cuanto menos para servir á nadie de escudo. ¿Qué medidas supo adoptar para prevenir el golpe? ¿Qué rasgo de valor personal se le vió en los momentos críticos? Rodeado de guardias, encastillado en una casa erizada de cañones, dejó que transcurriera la noche, y que la suerte que tan propicia se le mostraba siempre, le trajese también entonces un desenlace favorable. ¿No llamó traidores y regicidas á los que invadieron el real palacio? Pues él que de lealtad blasonaba, debía acudir al punto amenazado, y arrostrar todo linaje de peligros, antes de permitir que por largas horas estuviesen peleando en las escaleras del regio alcázar los pretendidos traidores. Cuando ya la insurrección se hallaba completamente desbaratada, cuando los principales caudillos estaban fuera de Madrid, buscando su salvación en la fuga, cuando la luz del día permitía ver bien claros los objetos y no consentía emboscadas, nada menos que á las seis de la mañana, entonces se dejó ver Espartero y fué á presentarse á las excelsas Huérfanas. Esta no era la conducta de un caballero que se hubiese propuesto defender á una Reina niña.

Sucumbieron los sublevados de Octubre, no por la habilidad y energía del Regente, sino por haberseles desbaratado los planes, cosa muy peligrosa siempre en tan arriesgadas empresas: de cien conspiraciones las noventa y nueve pueden calcularse desgraciadas. La victoria tan fácilmente alcanzada por Espartero proporcionóle ocasión oportunísima para afianzar su dominación: mostrándose generoso con los vencidos se captara la benevolencia del público y diera realce al prestigio de su persona; abriendo

un tanto los ojos para conocer la errada senda en que se había empeñado, hiciera concebir esperanzas de un mejor porvenir. Después de una derrota tan completa, los partidarios del vencido se inclinan fácilmente á transigir con el vencedor, y miran como arranques de generosidad las concesiones más insignificantes. Espartero no era capaz de comprender estas verdades, porque era incapaz de sentir-las; así es que fusila, deporta, destituye, cebándose con increíble saña en los infortunados que no pudieron fugarse. Pero la sangre de las víctimas cayó sobre su cabeza: el pueblo y el ejército al mirarle, viéronle manchado con la sangre de sus mejores amigos; y esto nunca lo olvidan los corazones generosos. Son tan negras la ingratitud y la crueldad!...

Tan inexorable como se mostró con los vencidos, se manifestó débil con la revolución donde quiera que levantaba la cabeza; y si en momentos críticos se le escaparon expresiones severas, bien pronto tuvo cuidado de enmendarlas con su conducta. La clave de su política con respecto á los perturbadores del orden público fué: indulgencia ó amplexo para cuantos no ataquen mi permanencia en el poder; castigo sin misericordia á quien atentare contra mi regencia. Viéronse disturbios y desmanes escandalosos en diferentes lugares; esto nada importaba; pero hay quien se atreve á decir: *abajo Espartero*, el poder rugía de cólera, estaba en peligro de que le arrebatasen la presa, y él no quería soltarla.

Recobrado del susto el general Espartero, y creyéndose asegurado en el mando, continuó en su malhadado sistema con incorregible obstinación. Desgobierno en el país, humillaciones en el extranjero; he aquí compendiada su política.

Ya hemos visto que imaginándose sin duda que había llegado la oportunidad de dar un golpe decisivo, y con la maligna idea de halagar todas las pasiones rencorosas, autorizó el famoso proyecto de Alonso, sobre asuntos eclesiásticos, proclamando el cisma de la manera más



abierta y escandalosa. ¿Pensaba tal vez el desatentado Regente que su menguado prestigio alcanzaría á donde alcanzó el poder de Enrique VIII, y que su autoridad saliera bien parada de tan arriesgado trance? Para fortuna suya y bien de la nación, el descabellado proyecto encontró en todas partes la acogida que merecía; los hombres religiosos lo rechazaron por cismático, los políticos por trastornador, y hasta los más ardientes revolucionarios lo miraron con desdén, como contrario por su intolerancia al espíritu del siglo. El hombre llamado por las circunstancias á reorganizar la sociedad, extinguir odios, reconciliar los ánimos y tranquilizar las conciencias, lanzaba con mano impía una tea incendiaria, y pedía á las Cortes que le autorizasen para violentar las creencias de la inmensa mayoría de los españoles!... Incapaz é indolente en el gobierno, proponiase manifestar una energía facticia oprimiendo á los débiles y castigando á los inocentes. Olvidándose de las funciones de la suprema magistratura, solicitaba autorización para perseguir; y mientras se postraba á los pies del gabinete de San James y obedecía sumiso las órdenes de la aristocracia inglesa, se empeñaba de buena gana en un ruidoso cisma para el ridículo alarde de fuerza é independencia. La revolución misma fué más cuerda y generosa que él; manifestándole con ademán severo, que si bien había destruido al clero regular y despojado y abatido al secular, no quería encarnizarse con los vencidos, hasta el punto de entregarlos á manos de un perseguidor, por el delito de continuar fieles al dictamen de su conciencia.

De molde le viniera á Espartero el desastroso cisma para llevar adelante sus designios. Entonces hubiera tenido abundante cosecha de *enemigos de la libertad* que combatir, de *encubiertos conspiradores* que castigar; entonces habría podido desarrollar en toda su amplitud el maquiavélico sistema de fingir tramas ajenas para ocultar las propias. El episcopado, todo el clero con rarísimas excepciones, habrían podido ser tratados de desobedientes y

refractarios; y un inmenso número de españoles habría participado más ó menos de la sangrienta tiranía de los procónsules del dictador. *Libertad, ley, reacciones, inquisición, D. Carlos, la Curia romana*, todas estas palabras resonaran incesantemente para encubrir medidas arbitrarias y crueles; la bastarda firmeza de carácter que ordena y ejecuta destierros, fusilamientos y bombardeos, habría campado á sus anchuras; y entretanto se ocultara la debilidad que se humilla ante la altivez de los motines, y que marcha á escape hacia las orillas del mar, sin volver la cara al enemigo que viene con espada en mano.

Entretanto el prestigio del Regente andaba perdiendo cada día; y su poder se encaminaba á la ruina guiado por su nulidad jamás desmentida, y que se confirmaba á cada paso con algún solemne desacierto. Cundía visiblemente en las filas del progreso la división, empeñándose unos en sostener semejante sistema, y arrojándose otros á combatirle con energía y calor. Ya de mucho antes los periódicos habían tomado de su cuenta á Espartero; los graves lanzándole fulminantes anatemas, y los satíricos exponiendo al público su pequeñez y haciéndole objeto de ludibrio; pero en las Cortes, y en los círculos políticos á la sazón influyentes, todavía era respetada su persona, todavía se echaba mano de la distinción entre los ministros y el poder irresponsable. Débil reparo para cubrir al Regente, y que el curso de los sucesos había de remover bien pronto; el sistema político no era de los ministros, era de Espartero; era la expresión de su persona, la medida de su capacidad, el indicio de sus ulteriores proyectos. Por eso, cuando la coalición derribó al ministerio González, nada obtuvo sino escarnio y befa; no se quería el gobierno de una pandilla, y no parece sino que el poder anduvo buscando los medios más á propósito para que esta pandilla resultase más dominadora, con más exclusivismo, con más aislamiento de todos los partidos, convirtiendo el centro del gobierno en un verdadero cuartel general. Entonces empezaron á ver claro hasta los más alucinados,



entonces conocieron, palparon, que elevando á Espartero á la Regencia habían hecho gobierno el foco de intrigas del Mas de las Matas: entonces, preciso es hacerles esta justicia, entonces se avergonzaron de su obra, entonces retrocedieron, protestando á la faz de la nación que su intento no había sido sujetarla á tamaña ignominia.

No émbargante la oposición que cada día se presentaba más grave, el poder cobraba aliento y brío, mostrándose menos comedido y recatado de lo que era de esperar, atendida su natural timidez. No le faltaban ni órganos en la prensa, ni sostenedores en la tribuna; y ambos manifestaban una osadía que bien anunciaba un próximo y estrepitoso rompimiento. Al pensar en los peligros que podrían amenazarle, recorrería Espartero las listas de los afiliados, recordaría el tiento con que se había procedido en la distribución de los empleos para que recayesen en personas de confianza, la completa seguridad que se podía tener en los que ocupaban los destinos más importantes; reflexionaría sobre la dificultad de que ni por un momento llegasen á coligarse, republicanos, progresistas descontentos, moderados y carlistas; pensaría en las destituciones y sustituciones que había ejecutado en el ejército, desde Octubre de 1841; y con tamaños medios, auxiliados por la influencia y el apoyo de una nación poderosa, debía de parecerle que sus enemigos ó no se atreverían á moverse, ó si tanto osaran sufrirían el condigno castigo. ¡Vana ilusión en que vivir suelen cuantos habitan dorados techos, respirando el perfume de las lisonjas! ¡Vana ilusión que menos que nadie debía abrigar Espartero, que salido del pueblo y educado en los campamentos, podía conocer otros medios para alcanzar la verdad, de los que acostumbran las personas criadas en el regio alcázar!

No damos exagerada importancia á los clamores de la prensa; sabemos que á menudo respiran en ella la cólera de los partidos, la saña de las facciones, y hasta el mezquino rencor ó interesadas miras de los particulares: pero hay ciertos casos en que es tanta la unanimidad, en que es

tanto el clamoreo, en que abandonan á un gobierno hasta los más decididos defensores, que entonces preciso es reflexionar sobre este hecho; preciso es investigar si la voz de la prensa no podría ser el eco de la indignación pública. Esto le acontecía á Espartero: en la capital como en las provincias, la prensa se había desencadenado contra él; ya se creía dispensada de todo linaje de consideraciones y miramientos; y el jurado absolviendo los más vivos ataques contra la persona del primer magistrado de la nación declaraba con sus fallos que la irresponsabilidad había desaparecido.

Pero, ¡cosa extraña! Este hombre apenas sabía nada de cuanto se decía contra él, ni aun en los periódicos de Madrid: así unos con la mira de evitarle disgustos y enojos, y otros tal vez con interesados designios, le ocultaban la verdad; le dejaban caminar á su ruina con los ojos vendados, hasta que el clamor de la nación entera le puso sobre sí y le hizo mirar en su alrededor, para no ver ya más que el abismo en donde se iba á hundir. ¡Triste condición de los que ocupan puesto elevado! Les es sobremanera difícil el saber la verdad; contribuyendo á ocultársela los mismos en quienes depositan su mayor confianza. Contaba un íntimo allegado de Buena-Vista que cierta persona que en la actualidad comparte el infortunio del caído, procuraba recoger de antemano todos los periódicos, y cuando el Regente pedía alguno para leer, se excusaba de traérselo, alegando extravío ú otro pretexto cualquiera. ¡Tanto daño le hubiera hecho el enterarse de las sesudas amonestaciones del *Corresponsal*, el reflexionar algún tanto sobre las aterradoras invectivas del *Heraldo* y del *Sol*, y hasta el mirar de vez en cuando algunas caricaturas de *La Postdata*? La infatuación es el peligro inminente para los hombres que se han levantado con rapidez á puestos muy encumbrados; el mejor modo de precaverla, es mortificar con frecuencia el amor propio. — J. B.